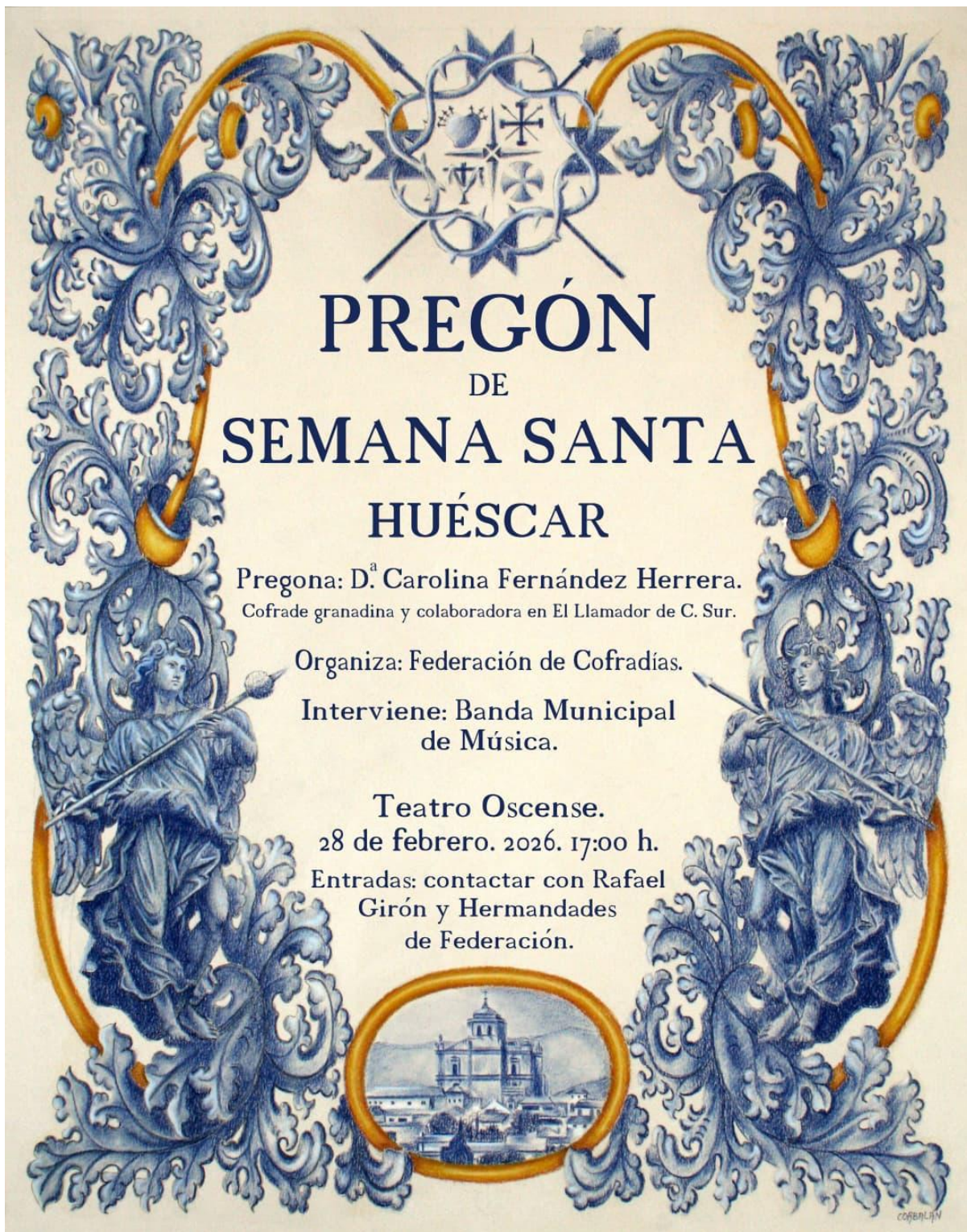


PREGÓN OFICIAL
de la
SEMANA SANTA DE HUÉSCAR 2026

Carolina Fernández Herrera

Cofrade granadina y colaboradora de El Llamador (Canal Sur)



PREGÓN DE SEMANA SANTA HUÉSCAR

Pregona: D.^a Carolina Fernández Herrera.
Cofrade granadina y colaboradora en El Llamador de C. Sur.

Organiza: Federación de Cofradías.

Interviene: Banda Municipal
de Música.

Teatro Oscense.
28 de febrero. 2026. 17:00 h.

Entradas: contactar con Rafael
Girón y Hermandades
de Federación.

Eterna tierra de Huéscar, rodeada de montes y llanuras, cruce de caminos bajo el azul del cielo, dorada encrucijada entre Murcia, la Mancha y Granada...

Eterna tierra de Huéscar, de caminos a la Sagra que esconden leyendas perfumadas de tomillo, un secreto que pregon a voces la herencia de la devoción oscense...

Eterna tierra de Huéscar, pueblo sencillo de milenaria historia, de sigilosos silencios y ancestrales devociones, que mira sereno al horizonte...

Eterna tierra de Huéscar, romana, mora y sobre todo cristiana!!

Huéscar hoy vengo a ti, a hablarte con la medida de quien vive como tus hijos, los que enamorados pasan los años unidos a su hermandad... hoy vengo aceptando un regalo que no merezco, anunciar que se acercan tus días grandes.

Vengo a realizar el noble cometido de pregonar tu Semana Santa, de ensalzar a tus cofradías como así lo han hecho aquí grandes amigos con los que comparto mi vida cofrade... mi querido hermano mayor Miguel Luis, mis amigos y compañeros en las ondas Fernando, Jorge, David y Encarna, mi amigo y hermano en Jesús y María,

Antonio Valentín, la voz de los marineros de mi Granada, Mariano, mi amigo de tertulias granaditanas desde la calle Santiago a la plaza del Mentidero, y mis amigos y compañeros de aventuras bosnias, Francisco y Jose...

Pero vengo sin mérito alguno para hablaros a vosotros, cofrades oscenses. Pues bien sabéis que no he crecido aquí, que no he jugado en vuestras plazas y calles, que no he crecido metiendo el hombro bajo el Dulce Niño Jesús de la Divina Misericordia... No merezco este honor que hoy me brindáis... Pero tomo el testigo y quiero brindarte a ti este pregón.

A ti Huéscar, soberana del Altiplano.

A ti Alodía, y a tu hermana Nunilón, aquilatada devoción centenaria que conserva esta bendita tierra.

Quiero brindaros a vosotros este pregón, miembros de las Juntas de Gobierno de las hermandades oscenses, que, quitándole tiempo al tiempo, os entregáis con lealtad a esta generosa tradición.

A vosotros, músicos de Huéscar, que entregáis vuestra vida al servicio de la Semana Santa y de su banda sonora.

A vosotros cofrades oscenses, que venís esta tarde buscando recordar vuestra primavera a través de estas palabras.

A todos los que con encomiable espíritu cristiano me han tenido presente en sus oraciones, y a todos los que caminan como yo, buscando poder entrar por la puerta estrecha.

Me presento ante esta noble y bella ciudad, con el único mérito, de ser de Cristo, de amar a Jesús, y de recorrer mi camino de su mano, y bajo el Amparo de su Bendita Madre.

¡Oscenses alzad dinteles,
que salgan las cofradías!

¡Que las colgaduras adornen balcones
y el cerrojo centenario de Santa María
le de paso al anhelo que ansía el alma mía!

¡Que se templen los clarines,
y se ajusten los espartos!
¡Que asomen los ciriales
y avancen los incensarios!

¡Que Nunilón lo viene anunciando,
y Alodía lo está pregonando

como su madre les enseñara,
que es Dios Padre quien nos está llamando!

¡Que el color de la tarde lo advierte
que ya asoman los varaes!
¡Que Huéscar está impaciente
y repican las catedrales!

Es Jesús quien ya viene
repartiendo amor a raudales.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la primera Diócesis de España.

Excelentísimo Rector del Seminario de Guadix.

Excelentísimo Señor Alcalde de la ciudad de Huéscar.

Señor Presidente y Señor Consiliario de la Federación de Hermandades de Huéscar.

Oscenses y cofrades, amantes todos de la Semana Santa de Huéscar.

Con la venia...

Esta Semana Santa es continuadora de la que en 1488 conmemoraron vuestros antecesores. Quinientos treinta y ocho años de historia, de una devoción acendrada. San Francisco o Santo Domingo ya no son más que evocaciones de un glorioso pasado del que hablan sus muros. La huella del tiempo borró la vida contemplativa, pero no consiguió ni tan siquiera debilitar vuestra fe, pues los oscenses habéis hecho posible que sean las mismas hermandades, el mismo escenario urbano, y una devoción renovada año a año, siempre nueva y apasionante.

Estáis hoy aquí como custodios de una fe forjada a lo largo de los siglos, como testigos de aquellos antepasados que, siglos atrás, moldearon este camino. Estáis hoy aquí como herederos de devociones aquilatadas por el tiempo, habéis asumido la responsabilidad de custodiar un legado que no es sólo memoria, sino vida.

Y lo hacéis conjugando esa herencia recibida con la savia nueva que aporta el cofrade del siglo XXI, que consciente de su misión, está llamado a mantener viva la tradición sin desvirtuarla, enriqueciéndola desde el respeto, el compromiso y la fidelidad a sus raíces.

Queridos oscenses, seguid por esta senda.

Continuad el camino que habéis heredado, sin perder la identidad, siendo la sal de la tierra – como pidió el mismo Jesús –. Sois la luz de esta tierra, que deja ver lo bueno de Dios para que otros vean que hay esperanza y amor en el mundo.

“Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5)

Brille como brilla la estela del patronazgo que en estas benditas tierras ejercen Santa Alodía y Nunilón, perfecto modelo de fidelidad y amor para Huéscar.

Brille como brillaron vuestras Santas Patronas para los cristianos que desde el siglo noveno poblaron la península ibérica.

No hubo lujo ni miedo
que rompieran su fe
ni sentencia ni decreto,
para desdecir su amén.

De Alquézar a Huéscar
Alabanza y amor
jayer, hoy y siempre
para Alodía y Nunilón!

Queridos amigos, vengo seducida por el valiente ejemplo de vuestras Patronas, vengo llena de gratitud por la invitación a estar hoy aquí, por vuestra acogida, por vuestras puertas abiertas a esta pequeña y humilde pregonera, que dijo sí tras orar ante su Divina Majestad, y meditarlo con mis buenos amigos.

Consciente de la responsabilidad que asumo, vengo de la tierra que venera a la Madre de Dios oferente al pie de la Cruz, devoción heredada de mi familia, especialmente de mis abuelas. Vengo con el abrazo siempre cálido de mis amigos, y con la oración de los que se convirtieron en amigos y siempre brindan una mano amable. Gracias por vuestro ejemplo, vuestro compromiso y por vuestro cariño hoy aquí hacia mí. Gracias Francisco por tus palabras. Que Santa María, Reina de la Paz, te ayude a cruzar este valle sin lágrimas.

Vengo a anunciar la fiesta grande de Huéscar, con el único deseo de llegar al corazón cofrade de esta bendita tierra.

Vengo cargada de los recuerdos que se han ido forjando en mi memoria. Desde aquellos cuando aún no

alcanzaba 8 años, en la Plaza de Santo Domingo, hasta el rezo del Santo Vía Crucis que dejó ayer bellísimas estampas en la Catedral de Granada.

Vengo con la ilusión de que mis palabras impulsen vuestro ánimo, y os lleven a vivir la Pasión con la autenticidad que nos da Él, siempre paciente en el sagrario, en la eucaristía, en el Sacramento del Perdón...

Hablamos el mismo lenguaje, hablamos en clave cofrade, por eso vengo hoy aquí a pesar de no tener la suerte de ser oscense.

¿QUÉ LE DEBES TÚ A TU COFRADÍA?

¿Te has parado a pensar qué le debes a tu cofradía? En muchas ocasiones analizamos las luces y también las sombras de las mismas, no faltan tertulias bien regadas en las que siempre queremos arreglar esto o aquello, pero... párate, piénsalo. Seguro que encuentras muchas cosas por las que dar gracias a Dios por pertenecer a esa Cofradía que es la mejor, la tuya.

Todas son un medio que persiguen el mismo fin, y que no debemos olvidar.

Esta humilde Pregonera, a Dios se lo debe todo, y a las cofradías les debe casi todo, pero resumiendo, he de decir que les debo el no haber caído en la tentación adolescente de alejarse de la Iglesia. Les debo el camino que recorro de la mano de Jesús y al amparo de su Madre, y les debo las amistades que me sostienen en los momentos más amargos, y que celebran conmigo los más dulces.

Les debo conocer mejor a Jesús, y haberle dado un sitio en mi vida, que es el que regula las emociones, pone norte en la navegación, esperanza cada noche y la alegría de saberme amada por el mejor, por el que siempre escucha, por el que siempre responde, por el que no aparta su mano tendida jamás.

Les debo ser consciente de la gran familia que formamos dentro de la Iglesia, o como dice un buen amigo sacerdote, la alegría de pertenecer a la hermandad universal de la iglesia.

Iglesia somos todos, y como cofrades así debemos caminar, con decisión y entrega, sirviendo como ejemplo para todos los que nos rodean. Ser cristianos es nuestra suerte, y el cofrade tiene además, la misión de compartir esta suerte.

La gloria no es un sueño efímero, es nuestro destino, porque no nacemos para morir, sino para vivir eternamente.

Y qué bonito debe ser ese encuentro, qué bonito debe ser llegar al cielo, sabiendo que ese destino no tiene fin, ni días de lluvia, ni despedidas, ni sufrimiento... ¿Te has parado a pensarlo?

Debe ser como aquellos días de tu infancia en los que todo se vivía con inocencia, alegría y entusiasmo... debe tener la misma seguridad de aquella casa que siempre tenía sus puertas abiertas, y en la que bastaba pasar y preguntar ¿dónde estás?... Debe tener la pureza de un niño pequeño que generosamente comparte contigo su dulce favorito...

Allí el sol no se hará esperar, allí no habrá Templo que se quede pequeño, ni orden de antigüedad que te coloque lejos.

Debe tener la alegría del Domingo más bonito del mundo, (el Domingo de Ramos), y la belleza de la que todos llaman desde el siglo diecinueve, la calle más bonita del mundo. Debe sonar con la melancolía de un eterno y extraordinario bajo tu Amparo junto a mi Virgen de Consolación, con la elegancia de Virgen del Darro junto a mi Virgen de las Maravillas, y con la fuerza y la alegría que desprende la Capitana del Realejo en mi barrio, mi Virgen del Rosario.

Queridos amigos, ¿os habéis parado a pensarlo? Debe ser nuestro destino. Aprovechemos pues la gran belleza de nuestras sagradas Imágenes, y la vida de nuestras hermandades para poder ser cofrades evangelizadores, sin olvidar que estamos llamados a ser pura pertenencia de Dios, que no tenemos otra identidad ni otra razón de ser, sino pura pertenencia de Jesucristo. Seamos capaces de escuchar la llamada que Dios nos hace a nosotros, cristianos, cofrades andaluces.

El Señor nos invita a conocerlo, escondido en la belleza que nos lleva a detenernos ante una imagen sagrada, nos invita en la emoción que nos envuelve con el paso de esa cofradía que sin ser la nuestra, nos lleva a buscarla cada Semana Santa... Nos impulsa a conocerlo en la pasión que despierta en nosotros nuestra devoción.

De qué manera más bonita nos llama el Señor...solo sabiendo que ÉL es quien nos mueve, se puede entender que la Pasión y muerte de Jesús se conmemore con el carácter festivo con que lo hace Andalucía...

Es el Señor quien nos llama, sí, y lo hace escondido en el juego del acorde que caminando por el pentagrama, recrea melodías maravillosas, lo hace escondido en la bambalina que juega con el varal y en la flor que adereza y perfuma el palio que cobija a su bendita Madre.

No se cansa de llamarnos, o acaso ¿no acude a la memoria esa tarde mágica cuando escuchas esa marcha que tanto te gusta? La música y su poder... y es que si algo no se puede decir con palabras, lo dice la música.

La vida, como la música, se mide en recuerdos, y eso lo sabemos bien los que contamos los años por las cuaresmas vividas.

LAS VÍSPERAS

Van pasando las hojas del calendario, y esa fecha que siempre anhelas, esa a la que siempre miras, la que vertebraba el año, esa fecha que marca el vértice del tiempo para ti... ya ha llegado. Ha llegado sin ruido, sin prisa pero sin pausa... sin que te des cuenta de nuevo amanece el sol más brillante, el de las Vísperas más hermosas...

Es tiempo de esperanza, sí, cierto es que aquí lo es todo el año, pero ahora esa esperanza cumple parte de su promesa, porque las cofradías tomarán de nuevo su protagonismo para recordarnos que Jesús vive entre nosotros, escondido en la belleza de lo efímero, al lado de todas las personas que a pie de calle, sin saberlo, están buscando a Dios, y se van a encontrar con él al paso de la cofradía...

Todo un año ha pasado, la fría Cuaresma ya casi ha terminado. El prioste repasa la limpieza del paso mientras le cuenta sus cosas a la Virgen, la candelaría

medida y encerada sobre la plata refulgente, con los ojos entornados intenta adivinar cómo quedará el exorno floral que llevará este año el paso... días de nervios, de ilusión y alegría...

Al albacea ya no le quedan túnicas por repartir, de nuevo ordena las albas, y las canastillas de los monaguillos...

El cotidiano paisaje de cada día se reviste del color de los días de fiesta, la jornada laboral, aunque más liviana, pareciera no avanzar... los templos albergan tanta vida que hasta las muros pétreos de Santa María gritan un Hosanna eterno al Hijo de Dios. Tu memoria, fiel y puntillosa, va repasando una y otra vez todo lo que en esos benditos días no puede fallar... Está la radio, las pilas de repuesto, cascos nuevos y el cinto para llevarla siempre en el pecho, el llamador de papel y el plan parihuela...

El salón de la casa no puede estar más bonito... Sobre la mesa bien visible presumes de tu papeleta de sitio, expuesta junto a la medalla y a ese rosario testigo, de alguna peregrinación. La cruceta bien medida sobre el lienzo blanco de los guantes del domingo... El ritual ya se ha cumplido, todo está preparado, ya solo queda que llegue el momento...

Suena el timbre y se acelera el corazón, ya sí comienzan las vacaciones más bonitas, el sonido de la campana del colegio se funde con las Vísperas más hermosas del año...

A partir de ese momento, las manecillas del reloj ya no dan tregua...

Es Viernes de Dolores y la Virgen, siempre hermosa, nos espera sobre su paso. Ese día reluce la condición servita que llevamos intrínseca cada uno de nosotros, y fieles acudimos a su cita. Es el momento en el que todo empieza y todo acaba. La larga espera ha terminado. Es tiempo de Esperanza, aunque no me cabe la menor duda de que Huéscar lo vive cada día así. Pero ha llegado el tiempo en el que esa Esperanza rompe en alegría, saca a la calle el color, la vida, y al que es Vida abundante y eterna...

Esa mañana de viernes Rafa, Francisco, Yolanda... miran las torres de la Mayor, recortadas en el cielo azul, también lo hace Toledo a su antigua Colegiata...

Cada uno repasa todo lo que compete a su responsabilidad en su cabeza una y otra vez... reparto de acreditaciones, de libritos de horarios, la federación lo tiene todo a punto, Huéscar está engalanada y espera impaciente el momento de ver de nuevo a esta antigua

devoción recorriendo sus calles... Cuántas veces Alodía y Nunilón, habrán dirigido sus miradas desde el cielo, recibiendo plegarias junto a la Virgen...

La de las tocas moradas,
la de los siete dolores
sobre su paso de plata
cantada por ruseñores.

Huéscar la espera,
le reza en Santa María
a quien trae la primavera
¡de sus manos prendida!

Y es que la belleza de las vísperas, creo que es compartida por todos. Esa tarde para un cofrade todo empieza a acabarse... porque su vida gira en torno a la Pasión, muerte y resurrección de Aquel que se hizo hombre, que vino a anunciar el reino de Dios, que dio de comer a los hambrientos, curó a los enfermos y expulsó demonios, Aquel que no solo fue un profeta, Aquel que dos mil años después sigue estando vivo, y es el motivo verdadero de poder vivir con esperanza: Cristo vivo y resucitado.

APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

Huéscar sabe que comienza la Pasión. Pero lo hace, como Andalucía lo celebra, con la alegría que da tener la mirada puesta en quien venció a la muerte, y vivo, real y presente nos espera oculto en el Pan de la Eucaristía. Huéscar camina con Esperanza.

En aquella casa, escenario del Cenáculo, Judas ya ha sido tentado. Jesús lava los pies a sus discípulos ante la incompreensión de los suyos, Pedro no entiende que el primero de todos pase por esclavo. Un servicio de amor hasta el extremo, el Maestro y Señor lava los pies. Es el acto profético que anuncia su entrega.

Ninguno de los comensales comprende la traición anunciada, tras remojar el pan y dárselo a Judas, ÉL mismo, de manera firme, da la orden: “lo que vas a hacer, hazlo pronto”.

(Jn 13, 26-28)

Cuánta angustia debió pasar... “Si eres tú el Mesías, bájate de la Cruz”, le dirán después...

La oración en el Huerto de los Olivos nos muestra la humanidad de Jesús, esa que refleja el Señor mirando al ángel, sufrimiento en su rostro, manos orantes, arrodillado, mientras el sudor se convierte en sangre... Estampa que revela el grado de aceptación del plan Divino de Dios...

Getsemaní, es testigo de su oración entre olivos.

Ante el umbral de la noche oscense, Jesús, acompañado de Pedro, Santiago y Juan recorrerá la plaza Mayor, Plaza de la Aurora y Morote... Pedro y los hijos de Zebedeo, testigos de su angustia mortal, son vencidos por el cansancio, inconscientes, seguro que aturridos por todo lo que no acaban de comprender. ¿Cuántas veces el desconcierto te hace abandonar como hicieron los discípulos?

Y ante la tristeza de Jesús, la oración... el modelo de oración de todo creyente ante situaciones límites que ponen a prueba nuestra fe... Hágase tu voluntad, lección de profunda confianza.

Confortado por el ángel, Jesús continúa su oración “Padre, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, que se haga tu voluntad” (Mt 26, 42-43).

Pero la voluntad de Huéscar dos mil años después, es acudir a Getsemaní, orar con Jesús desde la Ermita de la Soledad. Aquella soledad que angustió a Jesús en el Huerto de los Olivos, la noche de los misterios Huéscar la alivia con devoción, emoción y sentimiento, acompañando a la Hermandad, caminando con ella, y dejándose enamorar con cada chicotá acompasada por sonos ejidenses que impulsan la cadencia armoniosa de este misterio.

Por Morote se oyen plegarias
yo quiero caminar contigo
¡Señor, perdona mis faltas
condúceme hasta el paraíso!

SE ACERCA EL QUE ME ENTREGA

El silencio de la noche en el Huerto, queda roto por la gente armada que acompañan a Judas, el traidor. Uno de los doce. Aquel al que Jesús llamó amigo, aquel al que Jesús nombró discípulo, ahora traiciona al Hijo del hombre. Con un beso consume su traición.

Jesús acepta la pasión como un don concedido por el Padre. Ni el beso de Judas, ni la huída de los discípulos le hacen caer, al contrario, enfrenta con serena autoridad a los que, armados, van a su encuentro, como si de un asaltante se tratara.

Con majestuosidad responde Yo soy. La misma serenidad con la que mira a Pedro en casa del sumo sacerdote al cantar el gallo.

La serenidad de quien perdona las traiciones. La serenidad de quien derrama su perdón con los brazos extendidos, a todos los que arrepentidos, queremos seguirlo.

En medio del arresto en el Huerto y la interrogación en casa del sumo sacerdote, Jesús nos muestra el sacramento de la reconciliación. Visto con ojos mundanos resulta imposible que en medio de aquella situación de traición, de abandono y de injusticia, alguien pudiese responder con amor.

La respuesta a la traición fue ofrecernos la protección contra el mal desde antes de llegar a la Cruz. Ante las lágrimas de arrepentimiento de Pedro, el Perdón de Jesús.

El silencio envuelve el aire,
oración de los descalzos,
Perdón clama en la tarde
la tarde del Martes Santo.

Camina Huéscar callada
negro silencio templado,
confesión de almas amadas
el testimonio dorado.

¡Perdón Señor!
Por el tiempo perdido,

por los dones no aprovechados
por lo nunca agradecido.

¡Perdón Señor!
Por mis brazos cruzados
y mis manos vacías,
sin haber amado.

¡Que no quede en mí culpa alguna
dame Señor tu Perdón,
que no siga los pasos de Judas,
yo quiero morir en tu Amor!

¿QUÉ MAL HA HECHO?

La escena de Jesús ante Pilato, nos muestra la infinita Paciencia de Jesús, que sereno, responde a Pilato “Yo soy Rey”. Infinita Paciencia en el silencio a las acusaciones de los sumos sacerdotes.

Jesús se encuentra solo, expuesto a todo abuso, a toda injusticia, no tiene quien declare a su favor. Ni Pilato ni

Herodes encuentran culpa alguna en Él, pero el pueblo insistía, pidiendo a gritos su Crucifixión.

En la plaza Mayor se presenta al Hijo del hombre, burlado, coronado de espinas, flagelado... Quien no tuvo mancha ninguna está ahora atado a la columna, azotado.

Él es rey, y nos ha mostrado muchas cosas buenas, ¿por cuál de ellas lo apedreas? Él, que ha dado su vida por tu vida, que ha recibido corona de espinas por tu salvación, que ha soportado toda clase de burlas y amargos tormentos, a cambio de que tú y yo, no tengamos que soportar sufrimientos eternos.

Siendo su vida más alta que la nuestra, fue entregada con injusta Sentencia de muerte, por tí, por mí, por todos los que vendríamos al mundo siglos y siglos tras Él... pero ¿y tú? ¿cómo le respondes? ¿qué le ofreces? ¿te conformas con una papeleta de sitio? ¿o haces que cada día de tu vida sea un Jueves Santo, acompañando a Jesús flagelado en cada pobre, en cada desamparado, en cada desahuciado?

Jesús sana, y nunca daña. Pongamos en ÉL todas nuestras necesidades, todas nuestras intenciones, toda nuestra voluntad, toda nuestra confianza, y comprobaremos cómo es ÉL quien sostiene el peso, como es Él quien te lo ha dado todo, como, quien junto al Padre, lo ha hecho todo.

Jesús en la Flagelación,
Cordero Santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.

¿Cómo estáis de esta suerte,
decid, Cordero casto,
pues, naciendo tan limpio,
de sangre estáis manchado?

Amarrado a la columna
por sacrílegas manos,
no digo de los hombres,
pues fueron mis pecados.

¡Ay de los que se visten
de sedas y brocados,

estando vos desnudo,
sangrante y maniatado!

¡Ay de aquellos que manchan
con violencia sus manos,
los que llenan su boca
con injurias y agravios!

Nadie tendrá disculpa
diciendo que cerrado
halló jamás el cielo,
si el cielo va buscando.

Pues vos, con tantas puertas
en pies, mano y costado,
en canal estáis abierto
en la columna amarrado.

¡Las cuerdas de tus manos
quisiera poder cortar
y unir a tu corazón sagrado
la vida que ha de llegar!

CARGA CON LA CRUZ DE NUESTROS PECADOS

En la mañana del Viernes Santo se revela la humanidad de Jesús Nazareno: “le pusieron sus ropas y le llevaron a crucificarle; al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron a llevar la cruz” (Mt 27,31-32). Pilato, a pesar de no ver en él culpa, lavándose las manos, lo entrega.

Los soldados le ciñen la corona de espinas y cargan sobre sus hombros la Cruz, iniciando el camino hacia el Calvario. En Huéscar, la Pasión alcanza su instante más hondo, envuelto en dolor y silencio presagiado.

Desde muy temprano, el Nazareno abandona los muros de Santa María. Avanza exhausto, soportando el peso de la cruz, y aún cayendo al suelo le quedan fuerzas para consolar a las mujeres que lloran. En la Plaza de la Aurora se encuentra con la mirada desgarrada de su Madre, sostenida por San Juan y la Magdalena. El Gólgota está cerca, pero las fuerzas se quiebran y Jesús cae bajo el peso de la Cruz.

La compasión de la Verónica enjuga su rostro y alivia su dolor. Se levanta y continúa, aunque la dureza de los soldados lo empuja a nuevas caídas. Abrazado a la Cruz, instrumento de redención, vuelve a alzarse entre el

clamor de la multitud, acompañado por los sayones y los malhechores. En la tercera caída, la Cruz y la corona de espinas hacen insoportable el sufrimiento. De nuevo, las mujeres limpian su rostro y este queda milagrosamente impreso en el lienzo. Al mostrarlo al pueblo, todo ruido se apaga y nace el silencio reverente.

Las caídas de Jesús Nazareno conmueven a Huéscar, aliviada por la valentía de la Verónica, ofreciendo al pueblo su Rostro Santo.

Entre burlas y escarnio
sin fuerza vas caminando,
bajo el peso de la Cruz
la redención vas comenzando.

Una mujer se te acerca
con la piadosa intención
de confortarte, Señor
en tu dolorosa pasión.

Tu retrato certero
dolorido y angustiado,
quisiste dejar impreso
por amor ensangrentado.

¿Nadie te quiere llevar,
el madero pesado y alto?
¡Entre oscenses encontrarás
costaleros consagrados!

Al igual que el Cireneo
cargan el peso de la Cruz
a compás de niños hebreos
¡con valiente paso andaluz!

¡Camina Jesús Nazareno
bajo el inmenso cielo azul!

HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO...

Y llegaron al lugar llamado Gólgota. Allí lo crucificaron con otros dos: uno a cada lado y en medio Jesús.

Un sayón clava en la Cruz el letrero que Pilato había hecho escribir, y seguidamente dos sayones elevan a Jesús crucificado mientras un soldado empuja el estipe a lomos de Recaredo. El corcel intuye la tensión, pues

parece interpretar la conversación entre los sumos sacerdotes y Pilato, que con altivez le indican: “No escribas: Rey de los judíos, sino: Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos”. Pilato solventa el asunto apostillando: “Lo escrito, escrito está”.

El escrito decía: “Jesús el Nazareno, rey de los judíos”.

En la Placeta de la Soledad el aire trae de la Sagra a la memoria, las bienaventuranzas del monte a sus discípulos, esa multitud vestida de túnica negra y capa morada:

Dichosos los pobres de corazón...

dichosos los que reconocen su necesidad de Dios, los que caminan con humildad, dichosos los que viven sabiendo que todo es don recibido de Dios, dichosos los que no tienen puesta su confianza ni en el dinero ni en el poder, que no confían en sus fuerzas, que viven con las manos abiertas,

porque el reinado de Dios les pertenece.

Dichosos los afligidos...

dichosos los que lloran el mal del mundo por la injusticia de la guerra, dichosos los que rezan a las puertas de las clínicas atormentados por el aborto, dichosos los que lloran a sus familiares desconsolados por despedidas repentinas,

dichosos, porque serán consolados.

Bienaventurado Dimas, a quien le bastó su último aliento para ganar el cielo.

Dichosos vosotros, hermanos de la Soledad, que lleváis el Consuelo de Dios al pueblo de Huéscar.

EXPIRACIÓN

En el Gólgota, aquellos gritos burlones de sayones y fariseos, hoy Huéscar los ha convertido en oración, devoción y adoración al pie de la Cruz.

Al terminar de elevar la Cruz verticalmente, un gran ruido dio paso al silencio sobrecogedor, nuevo y desconocido. Los latidos del vencedor se acercaban a la puerta de la redención.

Cristo estaba de pie, alzado por primera vez en medio de la Tierra, como el árbol de vida del Paraíso, y de sus anchas llagas corrían a la tierra cuatro torrentes santos para expiar los pecados de los hombres y fructificar un nuevo Paraíso.

Era mediodía, se ocultó el sol y todo el territorio quedó en tinieblas hasta media tarde. El velo del santuario se rasgó por el medio. Jesús gritó con voz fuerte:

*Padre, en tus manos
encomiendo mi espíritu.*

Dicho esto, expiró.

Jesús no desconfía, ni siquiera en el momento definitivo de su vida, en sus manos confía su espíritu, y fiel al Hijo, el Padre lo acoge, mientras el centurión confirma la muerte de Jesús.

Este momento de la Pasión, aquí se vive con la intensidad de los días grandes, convirtiendo aquel abandono en calor humano, en acompañamiento al Cristo, que por amor va vencido en el leño verde.

Al alba del Viernes Santo
quiero poderte alcanzar,
cuidando todo quebranto
odio, llanto y penar,
cubrirte con rico manto.

Quitarte quiero los clavos,
para aliviar tus dolores,
quiero besar tus manos
corregir miles de errores,
y que perdones mis pecados.

Cristo de la Expiración,
que el día hiciste noche
conforta Tú mi aflicción
y en un abrazo me arroje
tu sagrada protección.

Y el Hijo que por amor ha venido, en la Cruz va vencido.

En aquellos momentos en el Calvario, los primeros conversos voceaban ¡Bendito sea el Dios de Abraham y de Jacob! ¡Éste era un hombre justo; verdaderamente es el Hijo de Dios!

Los gritos de fariseos y sayones, se mezclaban con aquellos que reconocieron a Jesús en aquel espantoso momento, comenzaron los primeros testimonios de conversión, completamente cambiados en su interior.

Pero al pie de la Cruz no sólo se escuchó el griterío interrumpido por el atronador silencio, sino que se alzaron también las voces piadosas y doloridas de su Madre, de María la Magdalena, y del Discípulo amado. Las santas mujeres quisieron aliviar el dolor de su Madre, pero no había consuelo para tan amorosa madre, que vio el cuerpo de su Hijo, limpiamente concebido, carne de su carne, hueso de sus huesos, corazón de su corazón, formado en su seno cuando Dios la cubrió con su sombra, que al pie de la Cruz contempló despojado de alma y vida según las leyes de la naturaleza que Él había creado, y que el ser humano en pecado había

desfigurado, maltratado y asesinado por las manos de aquellos a los que creó y dio vida.

¿Quién podría comprender el dolor de su Madre, reina de todos los mártires?

En torno al Calvario, junto a su Madre, a María Magdalena y a Juan, quedaron unos cuantos soldados, desamparo, calma y tristeza.

El aire trae a la tarde
estampas de Soledad,
Huéscar consuela a su Madre,
de la Ermita a la Catedral.

Las manos entrelazadas
hacen patente el dolor,
blanquitas y cansadas
nos invitan a la oración.

Mirada baja, perdida
nublada por el llanto,
¡quién pudiera Madre mía,
aliviar tan duelo amargo!

Va bajo palio de seda
entre doce varales,
con el amor de esta tierra,
que la quiere a raudales.

Y es que Huéscar, como tierra mariana, lleva siglos curando el dolor que la Virgen vivió en el Calvario, con la devoción aquilatada con el paso del tiempo.

Huéscar sabe de soledades, pero precisamente por dejar que aquel dolor diera mucho fruto, y vuestro fervor mimara a la Madre de Dios como lo hacéis.

Nada sabemos según los evangelistas sobre la Virgen en los momentos de la Pasión, pero... no cabe pensar que madre tan amorosa no estuviese al lado del Hijo durante la flagelación, las burlas o el camino al monte de la calavera. Su dolor extenuante quedó en la conciencia del pueblo, que siempre ha venerado esta advocación de la Virgen.

Madre del Mayor Dolor
en Tí más pena no cabe,
el puñal de tu corazón,
¡Huéscar quiere quitarte!

SI EL GRANO MUERE, DA MUCHO FRUTO...

José de Arimatea, hombre justo que esperaba el reino de Dios, acudió a Pilato para pedir el cuerpo inerte de Jesús. Han descendido a Cristo de la Cruz y en blanca sábana lo bajan Juan, Nicodemo y José de Arimatea.

La Santísima Virgen, sentada al pie de la Cruz, recibe en su regazo el cuerpo de su Hijo, envuelto en el lienzo blanco. La sagrada cabeza reclinada en su rodilla, se inclina sobre la mano amorosa de su Madre. La Santísima Virgen tenía de nuevo en sus brazos el cuerpo de su querido Hijo, al que no había podido dar ninguna prueba de amor en todo su martirio.

El terrible dolor
por su Hijo sin vida
abrazado con amor
por la Madre abatida.

Así lo entiende Huéscar, que procesiona con ternura a la Piedad en esta escena llena de compasión. Rota por el dolor, la Santísima Virgen no podía dejar el santo cuerpo con las huellas del suplicio y los ultrajes, lavando las

miles de heridas, y quitando su corona de espinas. Cuidado, mimo y compasión en cada herida.

Preparado con esmero, y perfumado con las flores del lugar, fue colocado el sagrado cuerpo en el sepulcro, con la devoción que dos mil años después, le seguís profesando.

Huéscar toma el testigo de aquella dolorosa escena, mostrando el sagrado cuerpo yacente en la urna, tomando como ejemplo a Nicodemo, Juan y José para portar al Señor.

Tras ÉL, su Madre llena de dolor, sigue los pasos de la comitiva hasta el Sepulcro.

Virgen de los Dolores
por angustias traspasada,
cada temor en una espada
y en cada espada un dolor.

AURORA DEL NUEVO DÍA

Y la misma mujer que dijo sí, la misma que el mismo sí mantuvo, la misma que se mantuvo firme al pie de la Cruz, y al pie de la Cruz quedó abatida y consolada.

Aquella mujer de dolor traspasada y que es venerada aquí, que vosotros bien conocéis en su Soledad, es la misma que al amanecer del primer día correría también hacia el sepulcro al aviso de María la Magdalena.

Aquella que al pie de la Cruz acogió a toda la humanidad como Madre, y que tantas muestras de cariño maternal ha dado a lo largo de tantos siglos de historia, en cada una de las apariciones en los diferentes lugares del mundo.

Aquella que nos acogió a todos como hijos en el discípulo amado, y que junto a él recorre las angosturas de San Francisco y Olalla, haciendo sentir la expectación de aquel amanecer.

Huéscar adelanta la alegría de la Resurrección, escenificada en su Virgen de la Aurora.

Con San Juan por compañía
estrella de la mañana,
vas repartiendo alegría
de tu Ermita a Ogaya.

El cielo rompe en colores
con poder y valentía,
se ven nuevos resplandores
¡Aurora del nuevo día!

TODO ACABA Y TODO EMPIEZA

Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea, caminaron tras ÉL, acompañando a la Santísima Virgen, en ese trance amargo. A la vuelta prepararon aromas y ungüentos, esperando la llegada de la nueva semana, para guardar el precepto del sábado.

La madrugada del primer día de la semana, fueron al sepulcro llevando los perfumes (Lc, 24), encontrándose la estampa que le da sentido a nuestra fe, y es que hoy no estaríamos aquí, anunciando la llegada de una nueva Semana Santa, sin la Resurrección de Jesús.

ESPERANZA

La esperanza del cristiano precisamente reside en la certeza de la resurrección, porque la muerte no es el final.

La esperanza del hombre comenzó con el sí de María, con un sí que hoy mantiene, ejerciendo el papel maternal desde el ara de la Cruz.

María tiene en sus manos el ancla que nos mantiene firmes cuando las cosas se ponen difíciles, María es la madre que evita que la desesperación te arrastre. María te muestra el camino a seguir y el buen puerto a donde queremos llegar. Caminar de la mano de María, es caminar con la convicción segura de saber que todo va a salir bien.

Vivir con esperanza es caminar con una luz que María mantiene encendida, incluso en la oscuridad de la noche.

Vivir con esperanza es abandonarse en los brazos del Padre, cuando el dolor, la desolación y la soledad oscurecen el camino.

La esperanza de la Virgen nos hace confiar, nos lleva al convencimiento de que todo va a salir bien.

La esperanza de María es la que llena la vida de verdadera alegría, es la que llena de luz la inmensidad de la noche, es la que colorea de felicidad la rutina del hombre.

Vivir con esperanza es dejarse llevar por María que – como en Caná –, te vuelve a decir “haced lo que Él os diga”.

Y cuánto sabéis vosotros de esto, queridos oscenses, que ya anunciáis la alegría de la Resurrección junto al momento doloroso y amargo de la Expiración.

El corazón mismo de nuestra fe, es esta enseñanza bien arraigada en vuestra Semana Santa, pues murió y resucitó una vez para siempre, por eso no hay mejor forma de celebrar la Pascua de Resurrección que con el mismísimo Jesús que nació en Belén y murió en Jerusalén, que caminó por Galilea, real y presente en la Eucaristía.

Y cuando todo esté en calma
y las emociones templadas,
toda Huéscar acude
a su Verdad más amada,

a Jesús Sacramentado
en la Custodia de plata,
al Amor de los amores
en esa brillante mañana,

porque muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.
De nuevo esa secuencia,
la de aquella jornada:

¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

He dicho.